

Ayotzinapa de Tryno Maldonado

Entre realidad y ficción

Irene Fenoglio Limón

Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México

A la memoria de Bladimir López
*Artículo tercero / de la Constitución
educación gratuita / para toda la población*
Consigna de marcha. *Ayotzinapa. El paso de la tortuga*

La tarde del 26 de septiembre de 2014, cerca de un centenar de alumnos de la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa “Isidro Burgos”¹, ubicada en el Estado mexicano de Guerrero, llegaron a la ciudad de Iguala, tras sortear muchos obstáculos, para cumplir, como en años anteriores, su misión de decomisar unos autobuses para participar, unos días más tarde, en la conmemoración anual de la matanza de estudiantes en Tlatelolco². Entre ese día y la madrugada del siguiente fueron brutalmente atacados en diversos puntos y distintas ocasiones. Algunos murieron, otros fueron heridos y 43 más secuestrados por sicarios y las fuerzas del Estado. Un

¹ De acuerdo con Tatiana Coll, las escuelas normales rurales fueron creadas en la década de 1920 para brindar a los campesinos formación como maestros y así fomentar su desarrollo. El proyecto, apoyado especialmente durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940), estuvo desde el principio ligado a la reforma agraria (p. 83). Desde su fundación, estas escuelas recibieron oposición, primero de terratenientes y la Iglesia, y, a partir de la década de 1940, con el gradual abandono de apoyo a los campesinos y los cambios en las políticas hacia el campo, del gobierno. La oposición y el rechazo hacia las normales rurales se tornaron en francas agresiones en los años sesenta y setenta por su fama de ser “semilleros de guerrilleros” (p. 84): en la normal de Ayotzinapa se formaron Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, líderes de movimientos insurgentes campesinos asesinados por el ejército. Desde finales del siglo pasado, las normales rurales, siempre vistas como peligrosos focos de movilizaciones sociales, han visto amenazada su existencia y han sido sistemática y violentamente atacadas por diversas fuerzas. Coll ve en estas escuelas, “en permanente lucha y resistencia” (p. 91), el reflejo de una doble disputa: por un lado, del “conjunto de las luchas campesinas por la defensa de sus derechos básicos, siempre al filo de ser eliminados y acallados” (p. 91) y de “esa tenaz batalla por defender la educación pública, humanista, laica, gratuita, equitativa, multicultural y pública” (p. 92). Tatiana COLL, “Las normales rurales: noventa años de lucha y resistencia”, *El Cotidiano*, n° 189, 2015, p. 83-94.

² Tryno MALDONADO, *Ayotzinapa. El rostro de los desaparecidos*, México, Planeta, 2016, p. 45-49.

segundo grupo de alrededor de cien personas (estudiantes, profesores, reporteros y otros civiles) fueron atacados horas más tarde, cuando se reunían para auxiliar a los primeros normalistas heridos y organizar una conferencia de prensa. Un grupo de futbolistas adolescentes que viajaba en autobús y que no tenía nada que ver con los normalistas también fue atacado. En estos últimos dos ataques hubo muertos y heridos. Desde entonces, las familias de los 43 desaparecidos³ se han mantenido en pie de lucha exigiendo la aparición de los muchachos, el esclarecimiento de lo ocurrido y que se haga justicia. Durante el gobierno del presidente Enrique Peña Nieto, el Estado no sólo no dio solución a estas demandas, sino que, al contrario, ocultó y tergiversó información, ignoró los resultados y recomendaciones de grupos de investigación independientes, intervino con violencia en actos de protesta relativos al caso y agredió a los familiares organizados y a quienes los apoyan⁴. Lo ocurrido en la llamada “noche de Iguala” revela lo que Cristina Rivera Garza ha llamado el “Estado sin entrañas”, “ese Estado que rescinde su relación con el cuidado del cuerpo de sus constituyentes” dejándolos a la “intemperie”⁵.

Esta “intemperie” a la que se refiere Rivera Garza se ha manifestado no sólo en los hechos violentos que tuvieron lugar esos días, sino en la manera en la que el Estado reaccionó ante ellos y ante las demandas de esclarecimiento de lo sucedido. La explicación oficial de lo ocurrido esa noche (la obscena y descaradamente falsa “verdad

³ En estricto sentido siguen desaparecidos 41, pues se confirmó la muerte de Alexander Mora a partir de sus restos. Por otro lado, supuestamente también se confirmó la de Jhosivani Guerrero de la Cruz, pero ésta ha sido refutada por los especialistas por falta de pruebas.

⁴ El 3 de diciembre de 2018, a unos cuantos días de haber asumido su cargo como Presidente de México, Andrés Manuel López Obrador firmó un decreto para la formación de una Comisión de la Verdad sobre lo ocurrido en la noche de Iguala. Por otra parte, el 7 de junio de 2019 se hizo público un video de la aparente tortura a un implicado en el caso Ayotzinapa, prueba de la falsedad de la versión oficial que ofreció de los hechos el Estado mexicano. Unas cuantas semanas después, se creó la Unidad Especial de Investigación y Litigación para el caso Ayotzinapa, y se nombró a su titular. Queda por ver si estas instancias cumplirán su cometido.

⁵ Cristina RIVERA GARZA, *Dolerse. Textos desde un país herido*, México, Surplus Ediciones, 2015, p. 11. Añade Rivera Garza: “Cuando de manera unilateral el Estado mexicano, administrado por una enérgica generación de tecnócratas convencida de la primacía de la ganancia sobre la vida, se sustrajo de la relación de protección y cuidado para y con los cuerpos de sus ciudadanos, entonces se produjo la intemperie. Justo ahí, en el escenario de esa intemperie atroz, es que los cuerpos de sus ciudadanos además de vulnerables [...] se volvieron inermes” (p. 11-12).

histórica” hecha pública en rueda de prensa por el entonces Procurador General de la República, Jesús Murillo Karam, en enero de 2015), defendida hasta el último minuto por el gobierno de Enrique Peña Nieto⁶, dice que los normalistas desaparecidos fueron detenidos por la policía y entregados a un grupo criminal que los asesinó e incineró en un basurero. Esta explicación, que insiste en fincar responsabilidades en el orden de lo local, ha sido refutada y desmentida por grupos internacionales de investigadores expertos⁷ y por testigos de los hechos. Estas palabras de Judith Butler sobre la “precaridad” resuenan con la “intemperie” de Rivera Garza y sirven para entender la doble exclusión en la que viven estas comunidades:

La *precaridad* también caracteriza una condición políticamente inducida de la precariedad, que se maximiza para las poblaciones expuestas a la violencia estatal arbitraria que, a menudo, no tienen otra opción que la de apelar al Estado mismo contra el que necesitan protección. En otras palabras, apelan al Estado en busca de protección, pero el Estado es, precisamente, aquello contra lo que necesitan protegerse [...] [B]asarse en el Estado-nación para protegerse contra la violencia es, precisamente, cambiar una violencia potencial por otra⁸.

La desaparición de los 43 normalistas y la respuesta del gobierno en torno a ella han suscitado innumerables acciones de protesta tanto a nivel nacional como internacional. Las redes sociales, por ejemplo, respondieron pronto, facilitando la organización de movilizaciones de apoyo y creando una narración alternativa a la

⁶ El 29 de agosto de 2018, como parte del balance previo a su último informe de gobierno, se publicó un video oficial donde Peña Nieto insiste en que la desaparición de los normalistas ocurrió tal y como habían concluido las pesquisas realizadas por las instancias gubernamentales. Enrique PEÑA NIETO, *in* <https://www.youtube.com/watch?v=QD19R4I3tM8>. Consultado el 14/09/2019.

⁷ Diversos organismos internacionales participaron en la investigación del caso. Omar BRITO, “Iguala, el caso con mayor supervisión internacional”, *Milenio*, 31 diciembre 2015. Consultado el 02/03/2020. De entre ellos sobresale el Grupo Interdisciplinario de Especialistas Independientes (GIEI), convocado por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), que llevó a cabo una investigación independiente cuyas conclusiones imputan la “verdad histórica”.

⁸ Judith BUTLER, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Buenos Aires, Paidós, 2010, p. 46-47.

“verdad histórica” que exculpaba al gobierno de lo ocurrido⁹. Por otro lado, han salido a la luz publicaciones que abiertamente disputan la versión oficial y tratan de esclarecer los hechos a partir de investigaciones independientes. Entre ellos destacan los documentales *Mirar morir. El ejército en la noche de Iguala* (dir. Coizta Grecko, 2015), *Ayotzinapa. Crónica de un crimen de Estado* (dir. Xavier Robles, 2015) y *Ayotzinapa. El paso de la tortuga* (dir. Enrique García Meza, 2018), así como algunos libros sobre el caso, tales como *Ayotzinapa. Mentira histórica*, del periodista independiente Témoris Grecko, *Una historia oral de la infamia. Los ataques contra los normalistas de Ayotzinapa*, del periodista norteamericano John Gibler, y *Ayotzinapa. El rostro de los desaparecidos*, del novelista zacatecano Tryno Maldonado.

A diferencia de otras versiones que persiguen un estilo periodístico objetivo y minucioso para reconstruir los hechos, el texto de Maldonado tiene la particularidad de además incorporar estrategias narrativas propias de la ficción y, al mismo tiempo, subrayar su naturaleza referencial. Como explicaré más adelante, *Ayotzinapa. El rostro de los desaparecidos*, a la vez que se basa en testimonios de testigos, sobrevivientes y familiares para construir una versión de lo sucedido —lo que subraya su carácter de verdad— también pone en acción estrategias ficcionales, entre las que destaca la utilización de un narrador en tercera persona, omnisciente (luego entonces, para el caso, plenamente ficcional), que narra desde distintas perspectivas y que afirma una doble autoridad narrativa.

El texto incorpora aspectos del orden de lo social, cultural, familiar y emocional, que evidencian el contexto de vida no sólo de los muchachos desaparecidos sino también de sus compañeros normalistas: su personalidad, vida cotidiana, dificultades, esperanzas y aspiraciones. También se narran detalles como la estrecha y muchas veces conflictiva relación de algunos de los jóvenes con sus padres, el origen desfavorecido y la realidad carente de oportunidades de estas familias, la esperanza de

⁹ María Elena MENESES y María Concepción CASTILLO-GONZÁLEZ, “Digital Storytelling and the Dispute over Representation in the Ayotzinapa Case”, *Latin American Perspectives* vol. 45, n° 3, 2018, p. 266-283

una vida mejor que para los normalistas representa la posibilidad de volverse maestros rurales, el dolor y la rabia de los padres de los desaparecidos, pero también su amor incondicional y su fortaleza para seguir en la lucha por la aparición de sus hijos y el esclarecimiento de lo ocurrido, así como las circunstancias azarosas que llevaron a esos muchachos a estar en ese lugar y en ese momento el día de los ataques. De manera importante aparecen, como telón de fondo, la corrupción, ineficacia e impunidad de los poderes del Estado, la estrecha colusión entre éstos y el narco, la arrogancia y falta de empatía de las autoridades, principalmente del presidente y su gabinete, hacia los padres de los desaparecidos, entre otros temas que contextualizan la realidad mexicana actual. Si lo miramos bajo la luz de las reflexiones de Slavoj Žižek en torno a la violencia, en *Ayotzinapa* ciertamente aparecen representados de manera importante los hechos violentos del 26 y 27 de septiembre, que podríamos describir como “violencia subjetiva”, pero sobre todo emerge con toda su fuerza la violencia objetiva. Para el teórico esloveno, la violencia subjetiva es la más superficial y visible; es aquella perpetrada por agentes que pueden ser identificados fácilmente. La violencia objetiva, al contrario de la subjetiva, es invisible y difícilmente identificable. Está compuesta por dos elementos: la violencia sistémica y la simbólica. La primera son “las consecuencias a menudo catastróficas del funcionamiento homogéneo de nuestros sistemas económico y político”; la segunda tiene que ver con la “imposición de cierto universo de sentido” que, en última instancia, instaura y refuerza la exclusión en y desde el discurso¹⁰. Estas dos están relacionadas con la violencia inherente al *statu quo*, que es la que sostiene la normalidad. Es decir, se trata de todo aquello que produce y sostiene las condiciones de desigualdad e injusticia como el estado normal y cotidiano de cosas, tanto en términos económicos y políticos (pobreza, marginación, dependencia, etcétera) como de representación (quiénes son vistos y escuchados y quiénes no).

La obra de Maldonado es, sin lugar a dudas, conmovedora.

¹⁰ Slavoj ŽIŽEK, *Sobre la violencia. Seis ensayos marginales*, Buenos Aires, Paidós, 2009, p. 10.

Contexto literario

Tras la matanza de estudiantes el 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco, Octavio Paz reflexionó en su famoso poema “México: Olimpiada de 1968” acerca del papel de la literatura frente a situaciones de violencia como aquella. Allí sugiere que la poesía no puede escribirse inocentemente sobre una hoja en blanco, pues ésta estará siempre ya manchada de la sangre derramada: “Mira ahora,/ Manchada/ Antes de haber dicho algo/ Que valga la pena,/ La limpidez”¹¹. La literatura en torno al 68 buscó formas de narrar los hechos, hacer frente a las versiones oficiales y expresar el dolor, la rabia, la impotencia y el horror, a través de una búsqueda estética que sobre todo hiciera justicia a la tragedia ocurrida sin embellecerla o pacificarla. Así, por ejemplo, surgieron textos innovadores como el de Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, y el de Carlos Monsiváis, *Días de guardar*, en los que se exploran estrategias narrativas experimentales para hablar de lo ocurrido. La influyente obra de Poniatowska privilegia la estrategia del *collage* polifónico de testimonios en primera persona para intentar comunicar lo incomunicable: la experiencia de la vitalidad del movimiento estudiantil y el horror de la masacre de Tlatelolco, así como para cuestionar el silencio oficial en torno a la matanza. Podríamos incluir la obra de Tryno Maldonado dentro de esta tradición de obras “comprometidas” que exploran estrategias de la literatura para dar cuenta de la violencia y el horror, y exigir justicia.

El ámbito más amplio de discusión de este ensayo — la relación entre literatura y realidad, entre literatura e historia — no es nuevo. Como sabemos, ya Aristóteles en su *Poética* afirmaba que la poesía era mejor que la historia, pues esta última narra las cosas como ocurrieron, mientras que la poesía narra las cosas como debieron haber sucedido. En la literatura mexicana, Martín Luis Guzmán, en “La fiesta de las balas”, afirmaba que la mejor manera de representar algo fidedignamente era por medio de “la exaltación poética”, por encima de las narraciones que se “suponían estrictamente

¹¹ Octavio PAZ, “Intermitencias (3) (México: Olimpiada de 1968)”, in *Ladera este*, 4ª ed., México, Joaquín Mortiz, 1984, v. 20-24.

históricas” o se “contaban como algo visto dentro de la más escueta realidad”¹². En el contexto del México del siglo pasado, la literatura exploró ampliamente, desde distintas perspectivas y a partir de diferentes premisas epistemológicas, las formas más efectivas de representar (y cuestionar) la realidad: además de la literatura en torno al 68, están, por ejemplo, el realismo de *Los de abajo* y la crudeza narrativa de *Cartucho* y *Las manos de mamá* para dar cuenta de los estragos de la Revolución Mexicana, así como la experimentación formal de Juan Rulfo, José Revueltas y Carlos Fuentes para configurar una crítica del México posrevolucionario.

En un ensayo sobre la representación de la violencia en el cine, Martin Lienhard muestra que las elecciones estéticas traen aparejadas implicaciones éticas y políticas¹³. Así, pues, las elecciones literarias en la representación de la violencia, el crimen y el horror en *Ayotzinapa. El rostro de los desaparecidos* no son gratuitas y, propongo, están encaminadas a la constitución de comunidades emocionales, es decir “ataduras entre la comunidad y los espectadores [que] se fundan en la construcción de sentimientos comunes de repudio moral”¹⁴.

Comunidades emocionales

El concepto de comunidades emocionales ha sido desarrollado por la antropóloga colombiana Myriam Jimeno, quien ha investigado acerca de las narraciones (en sentido amplio) que las víctimas producen en torno a situaciones de violencia y conflicto social en Colombia, particularmente en su relación con las emociones¹⁵. En *Después de la masacre: emociones y política en el Cauca indio* se afirma que la “identidad emocional” posibilita la comprensión de la experiencia emocional del otro (en el sentido de la

¹² Martín Luis GUZMÁN, “La fiesta de las balas”, in *El águila y la serpiente, Obras completas*, vol. 1, 3ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 329.

¹³ Martin LIENHARD, “Violencia juvenil/urbana en el cine. Cuestiones de ética, política y estética”, in Rodrigo GARCÍA DE LA SIENRA *et al.*, coord., *La tradición teórico-crítica en América Latina: mapas y perspectivas*, México, Bonilla-Artiga editores, 2013, p. 269.

¹⁴ Myriam JIMENO *et al.*, *Después de la masacre: emociones y política en el Cauca indio*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2015, p. 251.

¹⁵ Agradezco a Morna Macleod que me haya introducido a la discusión sobre comunidades emocionales.

empatía que puede producirse entre una persona que lee o escucha una narración de sufrimiento, dolor o violencia y la persona que narra su experiencia)¹⁶. Las comunidades emocionales son “lazos emocionales” que permiten la socialización no sólo del dolor y de la experiencia de violencia, sino también de los “reclamos de verdad y justicia”¹⁷. Esto se logra por medio de narrativas (testimonios, conversaciones, entrevistas, sociodrama), que son la forma de organizar el recuerdo¹⁸.

Aunque el concepto de comunidades emocionales está muy ligado al de performatividad y puesta en escena, y se centra en la narración como posibilidad de reparación y reconstrucción *para las víctimas* tras la violencia, así como en el acompañamiento de los investigadores en estos procesos, me interesa rescatar dos ideas ligadas a este concepto: 1) que estos lazos afectivos entre las víctimas y los espectadores también pueden crearse con los *lectores* de un texto a través de una serie de estrategias literarias y 2) que las comunidades emocionales son políticas. Es decir, quiero proponer que la configuración de las estrategias literarias de *Ayotzinapa*, que al mismo tiempo subrayan la referencialidad del texto construyendo una idea de que se representa la realidad, influye tanto como las ficcionales para movilizar una política a través de las emociones y la formación de estas comunidades emocionales. Aquí no está a discusión la veracidad de la reconstrucción de los hechos, sino la configuración del texto como representación o mediación.

En el sentido del segundo punto que señalé arriba, las narraciones testimoniales *son* políticas: por un lado, porque “[s]e trata de ver la memoria en su relación con las disputas de poder y con la capacidad de agenciamiento que tienen sujetos y grupos sociales para disputar memorias hegemónicas”¹⁹; es decir, en este caso, para refutar la “verdad histórica” y el discurso oficial en torno a lo ocurrido en la noche de Iguala. Por otro lado, el dar testimonio de los agravios:

¹⁶ M. JIMENO *et al.*, *op. cit.*, p. 28-29.

¹⁷ *Ibid.*, p. 29.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 31.

extrae el suceso de violencia del marco personal o del de una comunidad en particular, para llevarlo hasta la escena política. El testimonio se presenta mediante una construcción narrativa que sitúa el hecho y lo revincula como daño en un cuerpo social más amplio, por medio del lazo de la identificación emocional²⁰.

Así, “las emociones son fuerzas sociales”²¹.

Testimonio y ficción

Según Jimeno *et al.*, dar testimonio del dolor (es decir, narrativizarlo) conlleva dos cualidades: hacia adentro, les provee a las víctimas la posibilidad de lidiar con los sucesos traumáticos; hacia afuera, les permite romper con el aislamiento al compartir su dolor, lo cual, en última instancia, es lo que permite la formación de comunidades emocionales a través de la socialización de la experiencia emocional²².

El tema del testimonio ha sido polémico en América Latina, sobre todo en su paso de la oralidad (“dar testimonio”) a la escritura. Bien sabida, por ejemplo, es la disputa entre el antropólogo David Stoll y John Beverley en relación con la veracidad del testimonio de Rigoberta Menchú. Sin embargo, de entre todas las aristas de la discusión, aquí me interesa resaltar una: la compleja relación que existe entre la narrativa testimonial y la ficcionalización. Me interesa particularmente la idea de Beverley de que la manera de contar un testimonio “no [es] independiente de su efecto político”²³. Por otro lado, la manera en que *Ayotzinapa* ficcionaliza el testimonio (o los testimonios) resuena con la idea de Nora Strejilevich de que lo intrínsecamente subjetivo de un testimonio y la movilización de la “verdad” del testimoniante se logran de manera más adecuada a través del lenguaje literario²⁴.

²⁰ *Ibid.*, p. 251.

²¹ *Ibid.*, p. 29.

²² *Ibid.*

²³ John BEVERLEY, *Testimonio: sobre la política de la verdad*, México, Bonilla-Artiga editores, 2010, p. 16.

²⁴ Nora STREJILEVICH, “Testimony: Beyond the Language of Truth”, *Human Rights Quarterly*, vol. 28, n° 3, p. 704 y 710.

El texto de Tryno Maldonado pone en juego de forma productiva la relación entre el testimonio y ficción, de tal suerte que utiliza técnicas literarias para transmitir lo que otros recuentos de lo ocurrido no logran al enfocarse únicamente en la reconstrucción de los detalles de los hechos.

Ayotzinapa. El rostro de los desaparecidos está hecho a partir de una situación narrativa particular. Mientras que por un lado se subraya su pretensión de realidad, por el otro la estrategia narrativa se pone en escena a través de una forma literaria. En la introducción el autor deja claro que “En otoño de 2014 dejé mi casa y mis pertenencias en Oaxaca y me mudé a vivir a la Normal Rural de Ayotzinapa con solo una mochila al hombro, una libreta y un cambio de ropa”²⁵, lo cual lo sitúa narrativamente como observador participante (pues no sólo tuvo oportunidad de convivir con los familiares de los normalistas, sino que también fue víctima, junto con ellos, de agresiones y violencia por parte del Estado), y luego entonces como un narrador con experiencia de primera mano y autoridad en relación con lo narrado. También, en la misma introducción, Maldonado subraya que el libro “fue construido a partir de unos cien testimonios directos recabados durante mi estancia [...] en la Normal de Ayotzinapa”²⁶, que provienen de normalistas sobrevivientes de los ataques, profesores y familiares, lo cual dota al texto de mayor veracidad, pues los entrevistados son o víctimas directas o indirectas, o testigos de lo ocurrido.

Esta estrategia de doble autoridad basada en el testimonio (autoridad del narrador para narrar y construcción de los hechos a partir de testimonios) parecen proclamar: “lo que estás leyendo sucedió así”, en un refrendo del “pacto de verdad” con el lector. El propio autor, en una entrevista acerca de la estrategia narrativa que usa en su libro, dice: “Sabes que es un narrador ficticio el que está contando eso, pero al mismo tiempo me gustaría pensar que la gente asume el pacto de que lo que le estoy

²⁵ T. MALDONADO, *op. cit.*, p. 12.

²⁶ *Ibid.*, p. 15.

contando [...] en efecto tuvo lugar porque fue así como [el testimoniante] me la narró”²⁷.

En un apartado del capítulo “Estrella Roja” de *Ayotzinapa* se narra lo que sucedió con los normalistas que abordaron el autobús Estrella Roja 1531. Es un buen ejemplo de la forma en que está estructurado el texto y de sus estrategias narrativas, que mezclan la narración fáctica, la reconstrucción “objetiva” de los hechos, la mirada crítica y la ficción. El fragmento que comentaré trata sobre Adán Abraján de la Cruz, uno de los normalistas desaparecidos. La reconstrucción de los hechos explica cómo y por qué los normalistas abordaron ese autobús²⁸; se especifica el nombre de algunos de los que lo hicieron, entre ellos Adán²⁹; se reconstruye con detalle el violento ataque policiaco que sufrieron los tripulantes (incluido el chofer), primero a balazos, luego con palos y piedras y por último con una bomba de gas lacrimógeno³⁰; se da cuenta de cómo entró la policía al autobús, sacó a los normalistas con lujo de violencia³¹ y los golpeó “hasta que los policías no pudieron más por la fatiga. Y aun en el suelo mojado, volvían a propinarles una nueva ronda de golpes. Varios sangraban”³². Finalmente se narra que los muchachos fueron subidos a vehículos oficiales de la policía: “Eran alrededor de las 22:50 cuando las *pick-up* de la policía de Huitzucó arrancaron con los normalistas detenidos y golpeados en la dirección por la que habían aparecido. Jamás se volvió a saber de los muchachos”³³.

En este mismo fragmento puede verse también el uso de estrategias ficcionales, en específico a través de la forma en que está contada la historia de Adán Abraján, que incorpora la narración de sensaciones, sentimientos y pensamientos a los que Maldonado no pudo haber tenido acceso. Aquí la narración adquiere su dramatismo

²⁷ T. MALDONADO, “Tryno Maldonado: *Ayotzinapa. El rostro de los desaparecidos*”, entrevista con Adriana Bernal, https://www.youtube.com/watch?v=OepYyz1A_EM, consultado el 5 de marzo de 2020.

²⁸ T. MALDONADO, *Ayotzinapa. El rostro de los desaparecidos*, op. cit., p. 221-223.

²⁹ *Ibid.*, p. 223.

³⁰ *Ibid.*, p. 228-230.

³¹ *Ibid.*, p. 231-232.

³² *Ibid.*, p. 232.

³³ *Ibid.*, p. 234.

sobre la base del suspenso, la yuxtaposición con detalles fácticos, el contrapunto y el *leitmotiv*. Cuando Adán y un grupo de normalistas se dan cuenta de que llega la policía y están en peligro, el narrador, desde la focalización de este personaje, dice: “Todo lo que habitaba en la cabeza de Adán Abraján en esos segundos era la imagen de sus hijos. Angelito y Allison. Érika, ¿sabría Érika, su esposa, dónde se hallaba él? ¿Qué pasaría si...?”³⁴. Unas páginas más adelante, cuando los policías lo están golpeando, se describe que “Adán, con los brazos doblados a la espalda, apretaba los dientes para no dejarse vencer por el dolor en una de las clavículas. Sólo pensaba en sus hijos y en su esposa”, y se incorpora por primera vez el *leitmotiv* “*Papá, aquí te estamos esperando mi mamá, mi hermana y yo*”³⁵. Más adelante, cuando lo están subiendo junto con otros a las patrullas para llevárselos:

Los policías no tenían consideraciones de ninguna clase. Al contrario. Se diría que disfrutaban de torturarlos bajo cualquier pretexto [...]

Ahora sí se los va a cargar la chingada.

Papá, aguanta la prueba. Papá, aquí te estamos esperando mi mamá, mi hermana y yo.

[...]

Los arrojaban a las *pick-ups* como pedazos de carne. Adán cayó mal y la punzada de dolor fue más intensa.

*Papá, aguanta la prueba. Papá... Aquí te estamos esperando mi mamá, mi hermana y yo. Papá...*³⁶.

Conclusiones

La desaparición de los 43 estudiantes de la normal de Ayotzinapa conmovió a México y a la comunidad internacional tanto por la atrocidad de los acontecimientos como por la respuesta del gobierno (tardía e insuficiente). Desafortunadamente, no se

³⁴ *Ibid.*, p. 231.

³⁵ *Ibid.*, p. 233.

³⁶ *Ibid.*, p. 233-234.

trata de un caso aislado en un país de enormes desigualdades, donde los estudiantes, particularmente aquellos con pocos recursos, están cada vez más expuestos a la “precaridad”³⁷, al enfrentarse, entre otras cosas, a un contexto donde priman la violencia sistemática, las reducciones de presupuesto para la educación, la imposición de políticas educativas utilitarias y privatizadoras, y la carencia de apoyos y estrategias efectivas para fomentar su desarrollo. Para muchos estudiantes (y sus familias), la educación pública es la única esperanza para acceder a una vida más digna. En comunidades rurales esto es más acendrado.

El libro *Ayotzinapa. El rostro de los desaparecidos* moviliza una narrativa emotiva que es a la vez testimonial y literaria. Utiliza estrategias ficcionales tales como un narrador omnisciente que afirma su autoridad para contar lo sucedido y técnicas literarias como la creación de suspenso, la yuxtaposición de planos (subjeto y referencial), y el uso del contrapunto y el *leitmotiv*. Todo ello le permite no sólo ofrecer una versión de los hechos que, como otras obras sobre el caso, desmiente la “verdad histórica” del gobierno, sino que además se inscribe en el esfuerzo colectivo de “nombrar” a los desaparecidos para darles “un rostro”, dotarlos de una vida en términos de Judith Butler digna de ser llorada³⁸. El texto, además, moviliza la empatía entre sus lectores, lo que promueve la formación de comunidades emocionales.

Como vimos en el fragmento que comenté, la yuxtaposición de formas narrativas (unas en un estilo directo y fáctico y otras desde la perspectiva interior del personaje de Adán, plenamente ficcionales) produce afectos que se tejen con los acontecimientos reconstruidos. Es decir, la elección de este tipo de estrategias narrativas por parte de Maldonado, “constituyen y vehiculan una capacidad de respuesta moral”³⁹ que vuelve al texto político a partir de lo afectivo.

³⁷ J. BUTLER, *op. cit.*, p. 50.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ *Ibid.*, p. 90.